

Arnoldo Mora Rodríguez

Zamora, Álvaro y Guillermo Coronado (compiladores).

*Perspectivas en ciencia, tecnología y ética.*

Cartago: Editorial Tecnológica de Costa Rica, 2002.

ISBN 9977-66-131-6, 288 pp.

Recopilación de sesenta ensayos, la mayor parte de ellos breves, incluso algunos muy breves y con diversas formas y estilos, este libro es quizás único en la literatura filosófica nacional, tanto por los aspectos formales que acabamos de mencionar, como por el contenido de los mismos. Se trata del más variado mosaico de asuntos del que se pueda uno imaginar, una especie de bazar o supermercado o, mejor aun, de una típica olla de carne criolla. Estamos, en efecto, ante un guiso compuesto con los más variados ingredientes preparado para satisfacer a todos los gustos... y disgustos.

Este último símil gastronómico es el que más le calza (no por casualidad el primer ensayo se titula *Culinaria episteme*) a esta obra singular, pues constituye, ni más ni menos, que una especie de recetario de sabios, léase filósofos en el sentido clásico de la palabra. Si bien miramos las páginas del diccionario latino, sabio viene de *sapiens*, el participio presente del verbo latino *sapio*, *sapere* que, en su primera acepción significa saborear. "Sabio", por ende, es aquel que posee el raro arte de descubrirle el sabor a las cosas y con ello, es capaz de darle sabor a la vida.

En consecuencia, estamos ante un plato que para degustarlo se requiere tener un apetito pantagruélico ya que hay platos para todos los paladares. La obra, sin embargo, no es pesada, de modo que se deja degustar fácilmente provocan-

do con frecuencia una sonrisa cómplice en el lector, que termina por ser devorado por la curiosidad, dado que no sabe lo que le espera a cada vuelta de página. En definitiva, la obra constituye un delicioso manjar cuyo variado sabor justifica el apelativo de "única" en nuestra literatura filosófica con que la hemos calificado desde el principio. El título de "Perspectivas", tan genérico como sugerente, se ve así justificado dada la variedad de temas y enfoques que la obra encierra. Los autores mismos parecen deleitarse en lo que hicieron quitando de este modo el carácter adusto con que se suelen escribir los textos en materia filosófica.

Antecedida de un "Prólogo", la obra se divide en cuatro partes y un "Epílogo". Estas cuatro partes son: "Miradas epistemológicas", "Veredas de la ciencia", "Asuntos de la ética", y "Otros intersticios del mundo". Este último mejor debería llamarse "Cajón de sastre", pues allí metieron sus autores todo lo que no cabía en ninguna otra parte excepto en su pantagruélica imaginación. El primer apartado tiene un carácter introductorio más que epistemológico, pues luego del original primer artículo de Álvaro Zamora, siguen otros dos. El primero de ellos, de Guillermo Coronado, tiene como objetivo definir términos técnicos ("Explicatio terminorum" lo llamaban los anti-guos escolásticos). El otro es una especie de filosofía de la historia aplicado a la ciencia, única

participación de J. P. Quesada y cuyo título denota un carácter más poético que filosófico: *Erotica indagationis*. Lástima algunos errores de concordancia en las expresiones latinas que salpican el, por lo demás, enjundioso y bien documentado ensayo.

La segunda parte versa sobre historia de la ciencia, en donde, como era de esperar, predomina el aporte y la erudición de Guillermo Coronado, el único especialista en la materia en nuestro medio y verdadero pionero sobre estos temas. Los trabajos de Coronado, quien ha dedicado su larga y prolífica trayectoria intelectual a la historia y filosofía de la ciencia, mezclan lo anecdótico con la hondura filosófica. Merece destacarse el que dedica a demostrar que en la Edad Media, contrariamente a lo que afirmaban los polemistas de inspiración ilustrada, que hablaban de "oscurantismo" a propósito de ese largo milenio de la historia, sí existió interés y logros en la ciencia experimental. Para ello, el autor usa los mismos procedimientos formales copiados de las sumas teológicas de la época. Otro acierto de nuestro autor es terminar el capítulo con un breve ensayo dedicado al más insigne científico nacional, Clorito Picado.

Como observación crítica de fondo, me permito disentir del autor sobre su concepto de ciencia, pues solo ve en ella uno de sus elementos esenciales, cual es el de la observación experimental, dejando de lado el otro elemento no menos esencial, cual es su formulación matemática. Siendo el padre de las matemáticas modernas René Descartes quien, como bien sabemos, une la tradición griega (geometría) con la oriental-árabe (álgebra) creando la geometría analítica, sin cuyo instrumental formal no hubiera sido posible el crecimiento exponencial de la ciencia en la modernidad, resulta incompleto el enfoque. Lo cual se confirma por el hecho de que el trabajo dedicado a Descartes por Álvaro Zamora es tangencial y de una brevedad telegráfica.

La tercera parte, igualmente extensa, se dedica a asuntos que tienen que ver con la ética, en donde, como era de esperar, domina el aporte de Édgar Roy Ramírez, que ha dedicado la vida entera al asunto y cuenta ya con varias obras, sobre todo, antológicas, que son clásicas y, por ello mismo, imprescindibles en nuestro medio. Como

su colega y entrañable amigo Guillermo Coronado en historia de la ciencia, E. R. Ramírez es el pionero en su materia en la historia de la filosofía costarricense. Sin embargo, las páginas suyas que más disfruté fueron dos breves ensayos periodísticos titulados *Repensando la basura* y el que en el apartado siguiente titula *¿Cuándo las cosas no valen la pena?* Páginas de exquisito estilo y fina ironía que, en su brevedad, son dignas de figurar en una antología.

Esto no obstante, se podría objetar a Ramírez el que, si bien dice que la ética es algo más que "el deber" e, incluso, habla de que no solo se debería hablar de "ecología", sino también de "ecofilia", es decir, introducir un elemento de amor en el severo concepto ético de "deber", por lo que yo mismo preferiría hablar de "ecoerótica", a la hora de aplicar sus categorías éticas a temas científicos nuestro autor solo trata de una ética del deber, incluso inspirándose en el enfoque más puritano que la historia de la filosofía nos ha legado, cual es el de la tradición kantiana hoy fuertemente renovada por Hans Jonas. Édgar Roy, en consecuencia, nos debe una ética del amor a la Naturaleza, llámese "ecofilia" o, mejor aún, "ecoerótica". Desde el punto de vista de lo que es un ensayo filosófico, para mi gusto, el mejor aporte es el de Álvaro Carvajal en su artículo titulado *Eso que llamamos ética*.

La última parte destaca por su diversidad variopinta. Destacan Álvaro Zamora, el poeta del grupo, con varios trabajos de los que destaco el titulado *El clonador de automoviles*, y Mario Alfaro con sus aportes en filosofía política. Si este apartado en particular y la obra entera, se distinguen por su originalidad y diversidad, quien mejor responde a esas características es Álvaro Zamora, poco dado a lo que es común en este grupo de filósofos y profesores de filosofía dedicados a la teoría e historia de la ciencia, lo mismo que a asuntos que tienen que ver con las implicaciones éticas de la ciencia y la tecnología. Álvaro Zamora aparece como el disidente del grupo. Fiel admirador de Sartre y, en general, de la filosofía inspirada en la fenomenología de Husserl, Zamora da la impresión de situarse en las antípodas de la tradición analítica que parece ser la tendencia dominante entre sus colegas. Como prueba de lo

dicho, Zamora le dedica un sugerente ensayo a Jorge Luis Borges cuya huella en su producción literaria es evidente, al igual que el universo existencial de J. P. Sartre. Con su estilo un tanto desenfadado, Zamora comienza el libro con un "Prólogo" y lo termina con un "Epílogo" y posiblemente sea el autor de los títulos de los capítulos en que se divide la obra que tienen más de poéticos que de filosóficos.

A guisa de conclusión de esta reseña, cabe preguntarnos quién es el o los autores de esta increíble aventura del pensamiento y la literatura nacionales como es la obra que comentamos. De mi parte creo que, si bien figuran varios nombres y apellidos, la obra es de un solo autor: el autodenominado "Círculo de Cartago". Si nos atenemos al nombre, da la impresión que lo que une a este original grupo es el lugar, la geografía, "la vieja metrópoli" o, más exactamente, el Instituto Tecnológico de Costa Rica situado precisamente en Cartago.

Si bien esto es cierto, otros factores los unen, cual es el de ocuparse predominantemente en temas que tienen que ver con la teoría, historia y ética de la ciencia y la tecnología. Pero hay aun

más. Se trata de un grupo de amigos que reviven la vieja cultura madrileña de la tertulia, dada la variedad de temperamentos y gustos personales. Pero, sobre todo, los une el amor a la sabiduría como en la clásica Academia de Platón. Su heterogeneidad es lo que hace que este círculo sea abierto. Se trata de una "cofradía" como alguno de ellos la ha calificado, es decir, de una compañía de hermanos como la etimología de la palabra "cofradía" insinúa, que hace que sus miembros se reconozcan como iguales pero no como exclusivos. Su estilo desenfadado, en consecuencia, no es casual sino deliberado. No pretenden ser ni los únicos ni los mejores, sino tan solo exteriorizar el gozo interior que experimentan al hacer en común cosas que les gusta.

Es por eso que la juguetona alegría que irradian estas páginas es contagiosa. Frente a ellos estamos ante un grupo de amigos de la sabiduría, no ante una secta de iluminados. Es por eso que con ellos se puede dialogar a través de estas páginas, de las que solo queda invitar al lector a degustarlas como yo lo he hecho. Les aseguro que ¡la olla de carne está deliciosa!